

golgona anghel
vine porque me pagaban



kriller71 ediciones

kriller71 ediciones / colección poesía

director de la colección

aníbal cristobo

consejo editorial

carlito azevedo, edgardo dobry,
ezequiel zaidenweg y veronika paulics

fotografía de portada

sara madandar

<http://saramadandar.com/>

diseño de logo y paracaídas

walter gam

revisión

sílvia galup

isbn

978-84-948089-8-2

depósito legal

B 1589-2019

título original

“Vim porque me pagavam” (Golgona Anghel)

Ed. Mariposa Azul, Lisboa, 2011

kriller71 ediciones

<http://kriller71ediciones.com>

info@kriller71ediciones.com

© golgona anghel, 2019

© de esta edición, aníbal cristobo, 2019

Obra publicada com o apoio do Camões – Instituto da Cooperação e da Língua, I.P.

Obra publicada con el apoyo del Camões – Instituto da Cooperação e da Língua, I.P.

golgona anghel

vine porque me pagaban

traducción de aníbal cristobo



kriller71 poesía #38

“La poesía, *mes chers*, no salva”

por antónio guerreiro

Golgonia Anghel es rumana y, viviendo en Portugal hace alrededor de una década, escribe poesía en portugués, es decir, en una lengua extranjera. Podemos establecer la hipótesis, bastante plausible, de que esta morada lingüística le permite una distancia y un desdoblamiento ficcional que en su lengua materna le serían más difíciles. Lo que es cierto es que su poesía irrumpe como un objeto intempestivo y sin igual en la literatura portuguesa. Tal efecto ya se anunciaba en su primer libro “Crematório Sentimental” (Quasi, 2007), pero alcanza ahora su máximo refinamiento. Y es, ciertamente, de refinamiento de lo que debemos hablar a propósito de la poesía de Golgonia Anghel, en tanto que sus procesos y sus efectos tienen una finura y un alcance exuberantes, pero nunca gratuitos.

Se trata de una máquina diabólica de irrisión. Y, con esa palabra, queremos abarcar un amplio espectro que va de la fina ironía a la risa carnavalesca, siempre

en la justa medida. Vale la pena citar íntegramente el poema del que surge el título del libro: “Vine porque me pagaban,/ y yo quería comprar el futuro en cuotas.// Vine porque me hablaron de recoger cerezas/ o de armas de destrucción masiva./ Pero sólo encontré cucos y cotilleos de feria,/ ametralladoras de plástico, conejitos de Pascua y pulseras/de lata.// A bordo, alguien habló de justicia/ (no, no era Marx)./ A bordo, hablaban también de libertad./ Cuanto más moríamos,/ más libertad teníamos para matar./ Mataba porque estabas cerca,/ porque los otros se habían quedado en la esquina del súper/ hablando, debatiendo el asunto.// Con estas manos levanté el polvo/ con que ahora cubro nuestros cuerpos.// Con estas piernas subí diez pisos/ para así poder mirarte de frente.// ¿Alguien se atreve aún a hablar de posteridad?/ Yo sólo pienso en cómo regresar a casa;/ y qué bonita me queda la esperanza/ mientras presento en directo/ la autopsia de mi gloria.”

El Yo que asume el discurso es un personaje de ficción. Y a cada poema le corresponde una ficción distinta. No se trata de que esta poesía sea narrativa, sino más bien de que fija escenas, instituye momentos y situaciones, opera cortes en una continuidad narrativa que se deja adivinar y permanece implícita. Por aquí desfila la prosa del mundo, pero presentándose siempre de forma sesgada, casi de paso, ya que el poema parece desplazarse siempre en otra dirección y apuntar hacia otro sitio. No exactamente en una dirección determinada ni hacia un sitio preciso, sino en un continuo deslizarse a través de las palabras y de las referencias, sin detenerse en ningún momento. Y este movimiento aturdidor,

lúdico, hace de cada poema una fiesta. Evidentemente, la matriz y los procesos surrealistas son visibles, pero al mismo tiempo son constantemente saboteados por una convergencia de referencias que se presentan implícita o explícitamente. Estos poemas nos hacen sumergirnos en una red literaria, sin que, entretanto, anulen el exterior de la literatura. A veces proceden como una cámara de ecos, como en este poema donde se oye el eco de Fernando Pessoa: “Poeta en la Plaza de la Alegría:/ No soy infeliz. No, no me quiero matar./ Tengo hasta cierta simpatía por esta vida/ pasada en los coches de línea/ de un lado al otro./ Me gustan mis vacaciones/ frente al televisor./ Adoro a esas mujeres de aire banal/ que entran en directo en el canal./ Me gustan esos hombres con bigotes y pulseras gruesas./ Creo en los milagros de Fátima/ y en el bacalao con *broa*./ Me gusta toda aquella gente. /Quiero ser uno de ellos.”

Cada uno de los poemas está hecho de un cruce de lenguajes y de referencias. Referencias cultas seguidas de referencias de cultura popular, no para crear un fácil efecto de contraste (lo que inclinaría a los poemas hacia el lado de cierta banalidad) sino precisamente para anular cualquier contraste y hacer que el lector se deslice por un mundo de continuidades paradójicas y encuentros inesperados.

Y, sin embargo, este juego que podría ser demasiado inocente, está siempre dotado de un carácter incisivo que puede hasta ser amargo. Aplicada a demostrarnos, siguiendo una lección deleuziana, que no hay nada más profundo que la piel, todo el secreto de la poesía de Golgona Anghel está en una constante

inversión: amarga cuando parecía dulce, profunda cuando parecía superficial, grave cuando parecía lúdica. Nada en ella es evidente, y su regla es obtusa. Y su nihilismo latente (en una medida y en moldes que no encuentran en la poesía portuguesa nada semejante) se transfigura muchas veces *in extremis* y todo se salva por el lado de una irrisión sin tregua, pero que crea un espacio vital y de respiración.

*(Publicado en Expresso -Portugal-,
el 6 de agosto del 2011)*

Vine porque me pagaban

*Esperando que la aspirina empiece a trabajar, [...]
hojeo revistas estúpidas, escucho discos viejos
me pregunto en qué momento
los dinosaurios sintieron
que algo andaba mal.*

Fabián Casas

Sin destino

Porque falta meia hora antes de
tomar o comprimido para dormir,
porque mesmo depois de tanto tempo
fazes de mim o filho com síndrome de Down
de Arthur Miller,
porque escrever não é só abrir cabeças
com o bisturi de Lacan,
e porque um poema não é a Isabella Rossellini
a chorar todos os sábados à noite,
nem o casal encontrado abraçado
na paralisia bucal do Vesúvio.
Porque a poesia não é a ponte Mirabeau
num cartaz de néon da adolescência,
porque hoje, quando ligaste,
era apenas porque te tinhas enganado no número,
porque estou cansado, voilà,
e não consigo evitar a noite,
penso agora em ti, Juliana,
heroína no sentido naturalista do termo,
penso sobretudo no teu arzinho
de provocação e de ataque.

Podias ter sido a Maria Eduarda
do cinema norte-americano,
a rapariga que ajudou a pôr fim à guerra no Vietname,
a Frida Kahlo e o Kofi Annan,
a estátua de Notre Dame.

O teu sentido reformista,
o teu olhar de Eça socialista,
cá está,

Porque falta media hora antes de
tomar la pastilla para dormir
porque incluso después de tanto tiempo
me conviertes en el hijo con síndrome de Down
de Arthur Miller,
porque escribir no es sólo abrir cabezas
con el bisturí de Lacan,
y porque un poema no es Isabella Rossellini
llorando todos los sábados por la noche,
ni la pareja que encontraron abrazada
en la parálisis bucal del Vesuvio.
Porque la poesía no es el puente Mirabeau
en un cartel de neón de la adolescencia,
porque hoy, cuando llamaste,
era sólo porque te habías equivocado de número,
porque estoy cansado, voilà,
y no consigo evitar la noche,
pienso en ti ahora, Juliana,
heroína en el sentido naturalista del término,
pienso sobre todo en tu aire
de provocación y de ataque.

Podías haber sido la María Eduarda
del cine norteamericano,
la muchacha que ayudó a poner fin a la guerra de Vietnam,
la Frida Kahlo y el Kofi Annan,
la estatua de Notre Dame.

Tu sentido reformista,
tu mirada de Eça socialista,
están aquí,

tinhas cabeça para embaixadora da boa vontade,
pés para andar nos corredores da ONU,
o feito da botina, a mania, a despesa.

Mas continuas a dormir no teu cacifo húmido,
de cara para a parede
enquanto 20 repúblicas foram perpetuando
campanhas eleitorais e golpes de estado
nos jornais com os quais limpas os vidros da cozinha.

Coitada, coitadinha, coitadíssima,
permaneces na sala, um pouco pálida e fraca,
mas restituída aos deveres domésticos
e aos prazeres da sociedade!

O feito da botina, a mania, a despesa,
o cheiro a terebintina.
Ó Juliana Couceiro Tavira, per omnia saecula,
chega para cá a garrafa e o cinzeiro;
temos assuntos por tratar e meia hora de critérios.

tenías cabeza para embajadora de buena voluntad,
pies para andar por los pasillos de la ONU,
la horma del zapato, la manía, el gasto.

Pero sigues durmiendo en tu taquilla húmeda,
de cara a la pared
mientras 20 repúblicas han ido perpetuando
campañas electorales y golpes de estado
en los periódicos con los que limpias los vidrios de la cocina.

Pobre, pobrecita, pobrecísima,
continúas en la sala, un poco pálida y débil,
pero restituida a los deberes domésticos
y a los placeres de la sociedad.

La horma del zapato, la manía, el gasto,
el olor a trementina.
Oh Juliana Couceiro Tavira, per omnia saecula,
acércame botella y cenicero;
tenemos asuntos por tratar y media hora de criterios.

Aqui vivem apenas heróis.

Gostam de temas *inefáveis*

(acho que é assim que se diz).

Falam da guerra do fim do mundo,

falam de ti, do Mexia.

Tomam liberdades, copos com sangria.

Sentem a fragilidade do adversário à frente do gin,

enquanto arrumam em pipas enormes

o desemprego e a sabedoria.

Classificam as horas, enganam o tempo.

Distribuem sopas e mantas.

Eu estava na fila dos sem destino.

Estendi a mão. Deram-me isto.

Então beijei-lhes devotamente a franja do xaile.

Apetecia-me chorar como nunca,

mas lá fui descendo,

melancolicamente,

com o meu inútil cartucho de trouxas de ovos,

a Rua Nova do Carmo

e chorei

como algumas vezes já o tinha feito.

Não era muito original

mas era clássico, era sólido.

Aquí sólo viven héroes.

Les gustan los temas *inefables*

(creo que se dice así).

Hablan de la guerra del fin del mundo,
hablan de ti, de Mexía.¹

Se toman libertades, vasos de sangría.

Sienten la fragilidad del adversario frente al gin,
mientras colocan en enormes vasijas
el desempleo y la sabiduría.

Clasifican las horas, engañan al tiempo.

Distribuyen sopas y mantas.

Yo estaba en la fila de los sin destino.

Extendí la mano. Me dieron esto.

Entonces les besé devotamente los flecos del chal.

Me apetecía llorar como nunca,

pero fui bajando,

melancólicamente,

con mi inútil paquete de pasteles de huevo,

la Rua Nova-do-Carmo

y lloré

como ya lo había hecho algunas veces.

No era muy original

pero era clásico, era sólido.

¹ Pedro Mexía (Sevilla, 1497-ibídem, 1551). Escritor, humanista e historiador español del Renacimiento. (N. del T.)